

## Hipómenes

**Jonathan Gómez Narros**

Admiraba la obra. Estaba fascinado por ese tríptico que había descubierto en aquel destartado y frío sótano. Daba gracias a la estupidez de muchos viejos ricos que vendían joyas como esa...

Sería rico. Rico y famoso. Este descubrimiento iba a ser un pelotazo dentro del mundillo académico y del arte. Algo que, realmente, necesitaba... Así daría en las narices a todos aquellos que poco (o nada) confiaban en él.

Sonreía con satisfacción.

Aún no se había decidido a determinar quién había pintado aquel cuadro tan fascinante, pero estaba seguro de que tanto por los trazos certeros como por la temática tenía que pertenecer al círculo del pintor italiano Guido Reni... Estaba tocando la gloria con los dedos.

Le llamaba la atención la materia de las tablas; en cada una de ellas aparecía la figura de Hipómenes, pero no la del mito clásico, ya que Atalanta siempre permanecía en un segundo plano, borrosa. Además, se había percatado de la presencia de una sombra extraña, ajena al mito, que la acompañaba, perenne, guardiana... Esa sombra (¿era, como a él le parecía, una mujer?) le había quitado horas de sueño y alguna que otra dioptría.

Se conocía el mito y todas las variantes existentes, así como todas las representaciones desde la clásica de Marsili hasta la de Noël Hallé; pero este nuevo ejemplar, esta versión tan heterodoxa no encajaba con nada de lo tradicional y canónico del mito.

Se volvió a acercar y observó con detenimiento el primer panel. En él Hipómenes, en primer plano y dominando la composición, se encuentra tumbado, escondido entre la maleza, observante, acechando a una Atalanta en segundo plano, casi desdibujada, al fondo de la escena. Se puede observar en esta figura la blancura y esbeltez de su cuerpo. Parece despreocupada, libre, como si acabase de terminar, triunfante, una carrera... Por el contrario, el semblante de Hipómenes es serio, preocupado, triste. Sus rasgos, plasmados con trazos magistrales, son famélicos. Las ropas deshilachadas, descuidadas...

En la tabla central, la más grande de todas, como corresponde a los trípticos, se representa una escena interior, una escena costumbrista un tanto rara para lo que normalmente estudiaba y catalogaba. Escena interior en la que el protagonismo lo tenía un gran ventanal. Cerca de esta, se encontraba Hipómenes, mirando el exterior; fuera, en campo abierto, se encontraba una Atalante libre. Él la observaba melancólico, aunque con un brillo de furia en los ojos; ella corría gozosa, despreocupada...

Un detalle desasosegaba al experto en arte: a aquella idílica escena en la que se encontraba la bella Atalanta la desvirtuaba un trazo sinuoso de color blanco cerca de la cabeza de la joven

argonáutica. “Ese pincelazo no concuerda con el resto de una composición tan racional y equilibrada”, pensaba.

En la tercera de las tablas, en primer plano aparece Hipómenes tendido en el suelo, desangrándose a causa del cuchillo que tiene clavado en el pecho. En la puerta, al fondo de la composición, se halla sorprendido por lo que veía, el rey Atamante. Lloroso por la muerte de tan noble joven y por la huída de su hija.

\* \* \*

*Nunca olvidaré aquella tarde. Hora y minuto quedaron grabados en mi maltrecha memoria por siempre. Tu decisión de abandonarme, Atalanta amada, me dejó sin palabras. Nunca pensé en esa traición...*

*Tantos años de amor, tantas caricias compartidas... ¿Amor? ¿Caricias? Tú me recordaste cómo te conseguí. Tú me echaste en cara mi cruel modo de vencerte en aquella carrera. ¿Acaso tenía alguna otra elección? Tú como mi mujer o la muerte. La decisión era muy sencilla... Antes de mí, vi morir a muchos jóvenes varones, insensatos todos, creídos de su superioridad física sobre ti... Todos asesinados por tu feliz mano. ¿Crees que, a sabiendas de que eras la mujer más rápida de toda la Hélade, me hubiera lanzado dichoso a los brazos del negro Hades, sin haber pensado en que todo ser humano tiene una debilidad? El oro fue mi salvación...*

*Únicamente fui sensato e ideé un plan. No puedes culparme por eso. Aún retumban en mi memoria las risotadas y burlas de todos aquellos fornidos jóvenes cuando yo, un muchacho enclenque y sin ninguna forma física, se presentó a la carrera. “Va a una muerte segura” decían... Se equivocaron. Pasé a la historia por ganar a la veloz Atalanta...*

*Pero ahora...*

*En mi soledad, en mi obsesión por ti, te observo a escondidas entre las malezas cuando sales a cazar o a correr para mantener esa escultural figura, nada envidiable a las esculturas de Fidias. Tu pelo dorado, tu sonrisa, tu blancura de piel me transportan a un tiempo tan feliz... Mientras tanto me consumo de amor por ti y tú me desdeñas, a pesar de que sea aún tu marido...*

*Aquel día en nuestro hogar, en ese refugio que yo había creído haber forjado contigo, viendo lo feliz que eras en el exterior junto a Eco, me di cuenta de mi error. Había intentado comprarte con unas simples manzanas de oro durante todos estos años. Esas frutas doradas que adornaban la repisa de la chimenea eran el único nexo que teníamos. Ni siquiera nuestro futuro hijo, Partenopeo, lograría hacer que nuestros caminos volvieran a cruzarse...*

*Eco. Esa maldita ninfa resentida con los hombres tiene la culpa. Como no pudo conseguir a Narciso... Ha sido ella la que te ha vuelto contra mí con toda esa palabrería hueca de sentido... “Mi libertad como mujer es algo que tengo que encontrar” me dijiste. “No puedo depender de ti como hombre. La sociedad de las Amazonas es mi ideal, no esta degenerada sociedad patriarcal” me arengabas. Yo mientras tanto, sumiso a causa del amor tan inmenso que te tenía, callaba.*

*Te veía caminar, correr, reír junto a ese soplo blanquecino que era Eco. Siempre a tu lado, en tu hombro, susurrándote palabras dulces, bellas pero cargadas de un discurso tan envenenado...*

*Fue ella la que te convenció de que me abandonarás, ¿verdad? Fue ella la que con ese “soplo de libertad femenina” hundió nuestro matrimonio. Solo espero que, cuando yo falte, ella no se acerque a nuestro hijo. Que lo cuiden tus padres, que lo eduquen como se merece y que no sepa de la existencia de Eco... ni de mí, si tanto te avergüenzan...*

*Tus palabras me hicieron daño, Atalanta hermosa, yo te entregué mi corazón desde el principio. Mi vida no pendía de los arrugados y nauseabundos dedos de las Parcas, sino de los tuyos, blancos y elegantes. Decidiste mi destino...*

*Estas palabras, mis últimas, están dirigidas a ti, mi mujer, mi amazona. Me enamoré de ti por la libertad que desprendías. Ese mismo ideal hace que el cuchillo busque hueco en mi pecho.*

*Adiós, Atalanta. Que encuentres eso que con tanto ahínco anhelas y que mi muerte no te pese, ya que es lo mejor que puedo hacer por los dos.*

\* \* \*

El viejo Atamante caminaba lo más rápido que le permitía su avanzada edad hasta la casa de su hija. Un mal presentimiento le llevaba hacia allí. Encontró la puerta entornada. Silencio. Olor a muerte.

Entró con cautela. Nunca se imaginó lo que sus cansados ojos veían. Su yerno, aquel que supo domar a su desbocada hija, yacía muerto ante sí. El filo del cuchillo brillaba con la escasa luz del ocaso que entraba por el amplio ventanal. Rojo y blanco.

El viejo se acercó al cuerpo sin alma del joven Hipómenes. Se asustó por la expresión de felicidad que transmitía su rostro.

—¿Por qué no acudiste a mí antes de llegar a esta solución, Hipómenes? ¿Cómo pudo Atalanta no darse cuenta de todo el dolor que estaba provocando en ti? ¿Cuándo dejé que mi hija se perdiera de esta forma? ¿Cuándo se pecatará del daño que se está haciendo a sí misma?

Mi pobre Temisto, cuando le diga tal funesta noticia... Su viejo corazón no lo aguantará...

Nunca vi con buenos ojos esa amistad con esa ninfa, la tal Eco, que perdió la razón y el cuerpo... Cuando los dioses castigan, será por algo...

He de encontrar a mi Atalanta y hacerla entrar en razón. Ya he perdido a mi querido Hipómenes... Acudiré a Artemis, la oraré, le haré sacrificios para que recoja el alma de su antigua adepta...

Antes de salir de la casa, se agachó y se acercó al rostro del joven. Le dio un leve beso en la frente y dejó un óbolo en su boca, para que Caronte, si creía preciso permitir que un suicida cruzara la Estigia, se cobrara el viaje.

Cerró la puerta de la casa.

\* \* \*

Anotaba en su libreta todas las características de la obra: medidas, temática, colores, técnicas pictóricas... Estaba tan absorto en su estudio que no se dio cuenta de que alguien estaba detrás de él. Un golpe sordo. Oscuridad.

Cuando recuperó el conocimiento tanto su cuaderno de notas como el tríptico habían desaparecido. Dolorido se incorporó lentamente. La fama se le había escabullido...